

IX

Dudas.

Después de esta entrevista, Magdalena permaneció algunos días sumida en un doloroso anonadamiento.

Diez minutos después de la marcha de Jaime Fugeret, Brigida había entrado en la habitación de su ama.

Al encontrarla desvanecida dió un grito, que felizmente nadie oyó.

El primer cuidado de la joven al volver en sí, fué encargarla el silencio.

—No quiero asustar á mi madre—la dijo.

La señorita de Arvil se encontraba en el caso de un ser que, después de haber pasado su juventud en un paraíso terrestre, hubiera sido precipitado al salir de aquel lugar de placeres en un infierno desconocido, cuya existencia no había ni sospechado.

En ella todo sufría: su pudor, sus nervios, su corazón, su orgullo y su cabeza.

Se había visto obligada á recibir y á escuchar á aquel á quien debía la inmerecida vergüenza de que era víctima.

Durante una hora le había escuchado, hablándola de su infame pasión y de su crimen, sin que ella se atreviese á interrumpirle.

Aquel hombre había llegado á influir en su vida.

Que ella quisiera ó no, el miserable había logrado su objeto.

Había entre los dos una cadena: la que re-

sulta de un secreto que se avergonzaría cualquiera en confiar á los demás.

Y había aún más.

Aquel crimen de un instante, que quizás ella hubiese tenido el valor de callar, podía tener consecuencias que serían imposibles de ocultar.

La duda amenazadora que Jaime Fugeret, sin atreverse á explicar con brutalidad, la dejaba claramente entrever, había penetrado en su imaginación y en su corazón como un dardo envenenado.

¡Si ocurriera una cosa semejante, qué desastre!

¡Estaba condenada á no tener confidente y á encerrar en su alma aquel secreto que la ahogaba!

Estaba sumergida en un abismo de dolores. Transcurrieron ocho días.

La señora de Arvil había vuelto á la Forge, pero su hija la ocultaba con cuidado sus pesares, que de día en día se hacían más punzantes.

El día á que nos referimos, la condesa muy ocupada en sus preparativos para el regreso á París, había dejado á Magdalena sola después del almuerzo.

La desgraciada estaba encerrada en su habitación.

Este era el refugio donde pasaba la mayor parte del día.

El tiempo estaba frío y el cielo triste.

Se notaba ya la proximidad del invierno.

Las sombras de la noche se extendían por el parque, sin que la joven se diese cuenta de cuanto pasaba á su alrededor.

Trascurrieron las horas y ella permaneció sentada en un sillón, cerca de la ventana, con los ojos fijos en el horizonte, donde no distinguía nada, y al cual comparaba con su porvenir, tan sombrío como él.

Fué preciso que oyese abrir la puerta de su cuarto para que hiciese un movimiento y se volviese hacia el lado donde sonaba el ruido.

Era Brígida que entraba.

—¿Qué queréis?—la preguntó Magdalena.

—¿No ha oído la señorita la campana del comedor?

—No.

—¿Dormía la señorita?

—Casi casi...

—¿Va á bajar la señorita?

—No.

—¿No comerá la señorita?

—Estoy enferma. ¿Queréis decirselo á mi madre? Decidla también que no se asuste... que no es nada... Me subiréis un poco de té, Brígida.

—Está bien, señorita.

Brígida se acercó á la chimenea, atizó el fuego y puso en él algunos troncos.

—Las tardes están muy frías—observó—y la señorita hace mal en estar tanto tiempo al lado de la ventana, tomando frío.

—Quizás tengas razón.

Brígida encendió dos bujías y una lámpara, llevó cariñosamente á su ama hacia la chimenea y en un momento lo puso todo en orden.

Y mirando á Magdalena, dijo:

—¡Dios mío, qué pálida está la señorita! No está aun repuesta la señorita de la caída.

—Tenéis razón, Brígida—dijo distraídamente la joven.—Id á buscarme el té.

La muchacha obedeció.

Estaba hermosa, vestida con su traje negro, el delantal blanco y su gorro blanco, adornado con una cinta negra. Se comprendía que era muy buena y muy cariñosa.

Cuando volvió encontró á Magdalena en la misma postura, pensativa, con el cuerpo inclinado hacia adelante, apoyada en el brazo del sillón.

Puso la taza de té sobre un velador, que colocó muy cerca de la señorita de Arvil, y preguntó:

—¿No tomará nada más la señorita?

—No.

—¿Queréis que me quede á vuestro lado?

—Es inútil. Idos á comer, Brígida. Voy á escribir para matar el tiempo.

Brígida acercó una mesita, puso encima todo lo necesario para escribir y se retiró.

Cuando se hubo quedado sola, Magdalena sacó de su bolsillo una carta que había recibido aquella mañana.

Era de su prometido.

Le escribía á menudo, y sus cartas eran cada vez más cariñosas.

¿Qué enamorado no encuentra largo el tiempo que ha de transcurrir para la realización de sus deseos?

¿Qué enamorado no ha maldecido la distancia que le separa de su amada?

En el fondo todas sus cartas se parecían.

Solo variaban en la forma.

El señor de Bures suplicaba á Magdalena que acortara el tiempo; la decía que no podía ir á verla porque la tiranía de su tío le obligaba á permanecer en Sologne.

La señorita de Arvil, que en otro tiempo recibía estas cartas con alegría, las leía ahora con una especie de repugnancia.

Aquella ternura que se desprendía de las cartas y que la emocionaban tanto, envenenaban la herida que ella creía incurable.

La parecía que fuese cual fuese su deseo de callar un secreto semejante, de suprimir de su pasado el crimen del cual ella era la inocente víctima, existiría entre ella y el amigo de la infancia al cual había dado su alma, un precipicio que ellos no podrían franquear.

¡Y sin embargo si ella hubiese accedido á sus ruegos!

¡Si ella hubiese hecho lo que el la pedia en su última carta con tanto ardor!

»Me pongo de rodillas á vuestras plantas para pedirlos que abrevies mi suplicio.

»¿Para qué esperar tanto tiempo?

»La vida es tan corta que no tiene uno el derecho de sacrificar tan hermosas horas.«

Y mil locuras de un amante apasionado.

¡Oh! ¡si ella obedeciese!

Si ella hubiese adelantado el momento de su unión.

Hubiera sido la salvación para los dos... Hubiera asegurado su felicidad.

Pero la conciencia se colocaba entre ella y sus deseos. La terrible duda que no la abandonaba, se oponía como un obstáculo que el honor la impedía franquear.

¡Qué fatalidad se empeñaba en perseguirla!

Aquello era más fuerte que ellas.

En aquella casa perdida entre los bosques, sin testigos, en medio del silencio, derramó algunas lágrimas.

Un ruido de pasos la sacó de sus pensamientos.

Era su madre que acudía á verla con la solitud de siempre.

La joven la tranquilizó y acercando más la mesa se puso á escribir:

«Mi querido Roberto.

»Estoy sola en mi cuarto y acabo de leer vuestra carta.

»¡Cuán bueno sois, por amarme de un modo semejante! ¡Y cuán orgullosa estoy por inspirar tante amor!

»Y sin embargo—y no debía decirlo—estoy muy triste, tengo una pena que me mata.

»¿Por qué?

»¿Es un presentimiento del porvenir?

»¿Es el malestar producido por una sacudida de la cual aún no estoy repuesta?

»Lo ignoro.

»Pero son impresiones que no puedo dominar.

»¿Cómo he podido cambiar en algunos días hasta el punto de no conocerme yo misma?

»Y así es, sin embargo.

»Soy víctima de una melancolía, á la cual no puedo sustraerme.

»No os asustéis.

»Esto durará quizás muy pocos días.

»Vamos á ir á París en breve.

»Mi madre está muy ocupada con los preparativos del viaje.

»Allí nos encontraremos y empezaremos nuestras conversaciones de otros tiempos.

»En mi soledad mi única dicha consiste en leer y releer vuestras cartas.

»Creeme, mi querido Roberto, mi único deseo es el de veros feliz y el poder contribuir yo á vuestra dicha.

»Mi madre y vos representáis para mí el universo entero.

»En los dos se reconcentran todos mis afectos. Todos mis deseos de felicidad son de consagraros mi vida y de vivir para los dos y entre los dos.

»Un poquito de paciencia.

»Estos días pasan pronto.

»Mientras tanto pensad en mí, como yo pienso en vos.

»Creed que vuestra Magdalena tiene los ojos fijos en el rincón de tierra donde os encontráis; que su alma está en Granges con vos, con vuestra madre y con ese bueno y querido coronel, cuya tiranía, tan fácil de soportar, no hacéis más que calumniar.

»Hasta muy pronto, según creo, querido amigo.

»Queredme mucho, porque vuestro cariño es lo único que me sostiene en medio de mi tristeza inexplicable, que me hace ver el horizonte sombrío, cuando, en suma, debe parecer á aquellos que nos envidian tan hermoso, tan dulce y tan lleno de promesas.

»Vuestra pobre

»MAGDALENA.»

Al terminar esta carta tan llena de desconuelo y de tristeza, la joven no pudo contener las lágrimas.

Una de ellas cayó sobre el papel satinado que se impregnó en seguida.

—¡Ah!—exclamó la joven haciendo un movimiento de desesperación—¡estoy condenada á llorar toda la vida por la infamia de un miserable!

La puerta se abrió de nuevo. Era Brígida que volvía.

La señorita de Arvil quiso aparentar la alegría de otros tiempos, y la preguntó:

—¿Habéis concluido ya?

—Sí, señorita.

—¿Y las demás?

—Están aún cenando.

—¿Por qué no os habéis quedado con ellas?

—Es preciso distraerse...

—¡Oh! si la señorita no estuviese enferma.

—No es nada.

Magdalena había doblado la carta y la cerraba con lacre rojo, no solo por coquetería, sino también por asegurar el secreto.

—Decidme Brígida, ¿no habéis visto hoy á nadie?

—¿En el castillo?

—Claro.

—No, señorita.

—¿Al señor cura?

—No ha venido.

Brígida quiso recordar un detalle.

—¡Ah! el doctor ha estado á eso de las cuatro... Iba á avisar á la señorita, pero me dijo que tenía prisa... que volverá mañana después del almuerzo.

—No os olvidéis de decirle que quiero verlo y hablarle.

—Está bien, señorita.

—No se os olvide. ¿Y vuestro... primo?

—¿Jaime?—preguntó Brígida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO"
1960 1825 MONTECERRAT, MEXICO

—Sí—dijo la señorita de Arvil fijando sus ojos en Brigida—¿sigue aún en los Esats?

—¡Ay!

—¿Por qué suspirais?

—El desgraciado debe estar bien perplejo... Hasta que entre en quintas no sabrá que hacer.

—¿No le habeis visto?

—Hace ya bastantes dias.

—¿De modo que no sabeis nada de lo que piensa?

La joven meneó la cabeza.

—No, nada, señorita. ¡Si su pobre madre viviese, cuanto sufriría!

Brigida era la sinceridad personificada.

Magdalena lo sabía.

—Está bien, podeis ir á acostaros.

—¿Y la señorita?

—No os ocupeis de mí... Voy á hacer lo mismo. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita.

Brigida dirigió una ojeada por la habitación y desapareció.

—Pobre muchacha—pensó la señorita de Arvil—ella le quiere.

Algunos momentos después Magdalena dormía, vencida por las emociones de las que era juguete, y al cerrar los ojos la joven decía:

—El doctor vendrá; se lo diré todo... ¡Perderé la razón!... ¡Me ahogo!...

El siguiente dia amaneció mucho más triste que el anterior.

Una niebla fria y espesa salía de la tierra, ocultando el cielo, agarrándose á las ramas de los árboles, cubriendo el verde, penetrando hasta en el interior de las habitaciones y dando á todo un aspecto triste.

Magdalena estaba despierta desde antes de amanecer.

Pasaba las noches sin dormir.

Y los días los pasaba completamente entregada á sus pesares y cavilaciones.

En otro tiempo, en cuanto que se levantaba de la cama, se sentaba al piano que tenía en su alcoba, y alegraba toda la casa tocando valsos y polkas de moda.

Pero ya no tenía gusto para nada.

Desde el día de la caída no se había vuelto á oír sonar su piano.

Aquella mañana se levantó más cansada que de costumbre.

Envuelta en su peinador, se puso á la ventana en el mismo sitio en que días antes había visto á Jaime Fugeret.

No se veía nada á cincuenta pasos.

Las aguas del gran estanque de la Forge estaban perdidas en la bruma.

Algunas siluetas de árboles se dibujaban de un color gris en aquella niebla que lo envolvía todo y que el sol trataba en vano de rasgar.

En aquella lucha entre la luz y la sombra, la luz debía, sin embargo, vencer.

Sobre las diez el velo se rasgó de repente.

El azul del cielo apareció vaporoso y fluido y el paisaje se iluminó como una decoración de teatro en el momento en que se encienden las candilejas.

Entonces las cejas de la señorita de Arvil se fruncióron.

Un hombre salió de las malezas que rodean el estanque.

Aquel hombre estaba vestido como para hacer un largo viaje.

Llevaba polainas, gruesos zapatos, un chaquetón pardo y un sombrero de paja negro.

Llevaba un palo sujeto á la muñeca por una correa.

La joven le reconoció en seguida.

Era Jaime Fugeret.

Se marchaba.

¿Dónde iba con aquel traje que le trasformaba, dándole un aspecto resuelto, enérgico y que contrastaba con sus maneras timidas y humildes de otros tiempos?

Hubiera querido saberlo.

Y como la curiosidad la tenía clavada en la ventana, aunque tenía deseos de separarse, se mordió los labios de despecho.

Jaime Fugeret tenía razón.

Ella se ocupaba de él.

Tenía un lugar en su existencia:

Era algo para ella.

Pasó en seguida.

La joven había dejado caer las cortinillas, una de cuyas puntas levantaba para poderle ver; pero él adivinó su presencia, porque su rostro se sonrió expresivamente.

Trascurrieron algunos minutos.

Brígida llamó.

—¿Qué ocurre?—preguntó la joven.

—Mi primo Jaime desea presentar sus respetos á la señorita.

—¡El!

—Sí, señorita; se marcha para no volver quizás.

¿Podía negarse á recibirle?

Titubeó un minuto.

Si no le recibía haría comprender que tenía resentimientos con él, que quería obrar de un

modo muy distinto de como había obrado hasta hacía poco.

—Que entre—dijo.—Os quedaréis aquí, Brígida... os necesito.

Jaime Fugeret entró.

Magdalena afectó para con él la mayor indiferencia.

Ella fué quien comenzó el diálogo.

—Brígida me anuncia que os marchais—dijo con voz seca.

—En efecto.

—¿Dónde vais?

—No lo sé; á la casualidad.

—Sin embargo, tendréis alguna mira, perseguiréis algún objeto.

—Muy vagamente.

—¿Y recursos?...

—Tengo siete luses, que me ha adelantado la pobre Brígida. Es una pobre que socorre á otro, más miserable que ella...

—Con tan poco dinero no se puede ir muy lejos.

—Con valor se puede ir hasta el fin del mundo. No tendré que andar mucho. Me basta con llegar á la Caja de Reclutamiento.

—¿Queréis sentar plaza?

—Esa intención tengo... ¿Después quizás encuentre una ocasión para hacerme matar!...

—¡Vos!

—Prefiero que me mate una bala á vivir en la miseria.

Y apoyó el acento en esta última palabra.

—¡Jaime!—exclamó Brígida.

—Decididamente ella le ama—pensó la señorita de Arvil.—¡Pobre muchacha!

Y añadió en voz alta:

—Podías seguir otro camino.

—Expatriarme—dijo con voz irónica.—Más adelante quizás lo haga. Tengo interés en permanecer algunos meses más en Francia. Después iré donde me lleve la casualidad.

La señorita de Arvil se estremeció.

—Yo os hubiera podido ayudar... os hubiera proporcionado los medios de crearos una fortuna.

—¿Una limosna?... ¡He vivido bastante tiempo de ese modo!

—Haced lo que queráis.

Aquellas palabras eran una despedida.

Brígida se dirigió hacia la puerta.

En el dintel Jaime se volvió.

—¿Permaneceréis inflexible?—la dijo en voz baja.

La señorita de Arvil no contestó.

Sus miradas se cruzaron.

La de Fugeret era suplicante.

La de Magdalena estaba impregnada de reproches y de desprecio.

Él insistió por última vez.

—Con la esperanza del perdón, Dios sabe de lo que seré capaz.

Ella movió la cabeza.

—¡Adiós, pues!—dijo el joven.—Si la muerte no me llama, dentro de algunos días ó de veinte años nos volveremos á ver.

—¡Adiós!

Jaime continuó su camino.

La señorita de Arvil cerró la puerta y se dejó caer en un sillón, y exclamó con un suspiro:

—¡Al fin!

X

Luz.

El doctor Cambry vivía en un arrabal de Paimpoint, en una casa muy grande, que no estaba exenta de cierto lujo.

Era una dependencia de la célebre abadía de Paimpoint, cuyas ruinas subsisten aun al borde del inmenso estanque, verdadero lago formado por la naturaleza, próximamente en el centro del extenso y magnífico bosque que lleva este nombre.

A la hora en que Jaime Fugeret, con su palo en la mano, lleno de remordimientos y de rabia, salía del castillo de la Forge, el doctor Cambry subía en su coche, envuelto en un tupido «mac-ferlan», y decía á su caballero, con tono cariñoso:

—¡Vamos, en marcha!

El caballo empezó á trotar sin prisa por un camino á cuyos lados se levantaban algunas casas, cuyos habitantes dirigían al pasar el doctor, un cariñoso saludo.

Por lo general, el doctor se los devolvía familiarmente.

Pero aquel día parecía no ver á nadie.

Estaba preocupado y pensaba en la hermosa cliente del castillo.

En un acceso de dolor, la joven le había hablado de un desastre irreparable.

Desde aquel día el doctor se habia hecho más de mil veces esta pregunta:

—¿Qué desastre podia ocurrir á una joven de tan elevada posición?